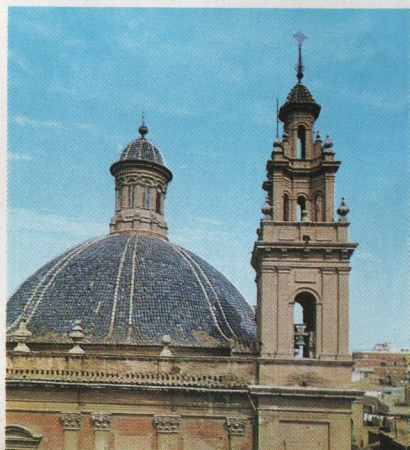


# el micalet

No sólo para los valencianos es interesante y atractiva la torre de la catedral; lo es también para el forastero, que encuentra en ella la encumbrada atalaya y la mirada vistosa de la ciudad, de sus alegres alrededores y de sus panorámicas lejanías. En la extensa llanura de Valencia faltan puntos de vista, y el Miguelete los ofrece magníficos. Desde su alta plataforma la población aparece como un plano geométrico, con su acumulado caserío, sus calles estrechas y hondas, sus tejados oblicuos, sus terrazas planas, sus abiertas azoteas, sobre las cuales vuelan bandadas de palomas; y destacándose en aquella aglomeración de edificios, las iglesias, los conventos, los palacios, con sus campanarios esbeltos y trasflorados, y sus cúpulas azules y doradas. La ciudad se confunde con los huertos y las alquerías de la Huerta, envueltos en la verdura de los campos. La ancha faja del Turia, bien diseñada por las líneas rectas de los pretiles, corta por una parte aquel vergel frondoso; por otra, lo limita la suave curva del cercano mar, teñido casi siempre de resplandeciente azul. A la parte de Mediodía brilla con claridad argentina el lago de la Albufera. De la montaña de Sagunto a la de Cullera traza la sierra a lo lejos su hemicírculo de piedra, como la gradería de un teatro romano. El espectáculo es hermoso y deslumbrador: los ojos se cierran involuntariamente, cegados por tanta luz, tanto color, tanta brillantez, tanta magnificencia...

TEODORO LLORENTE — Valencia



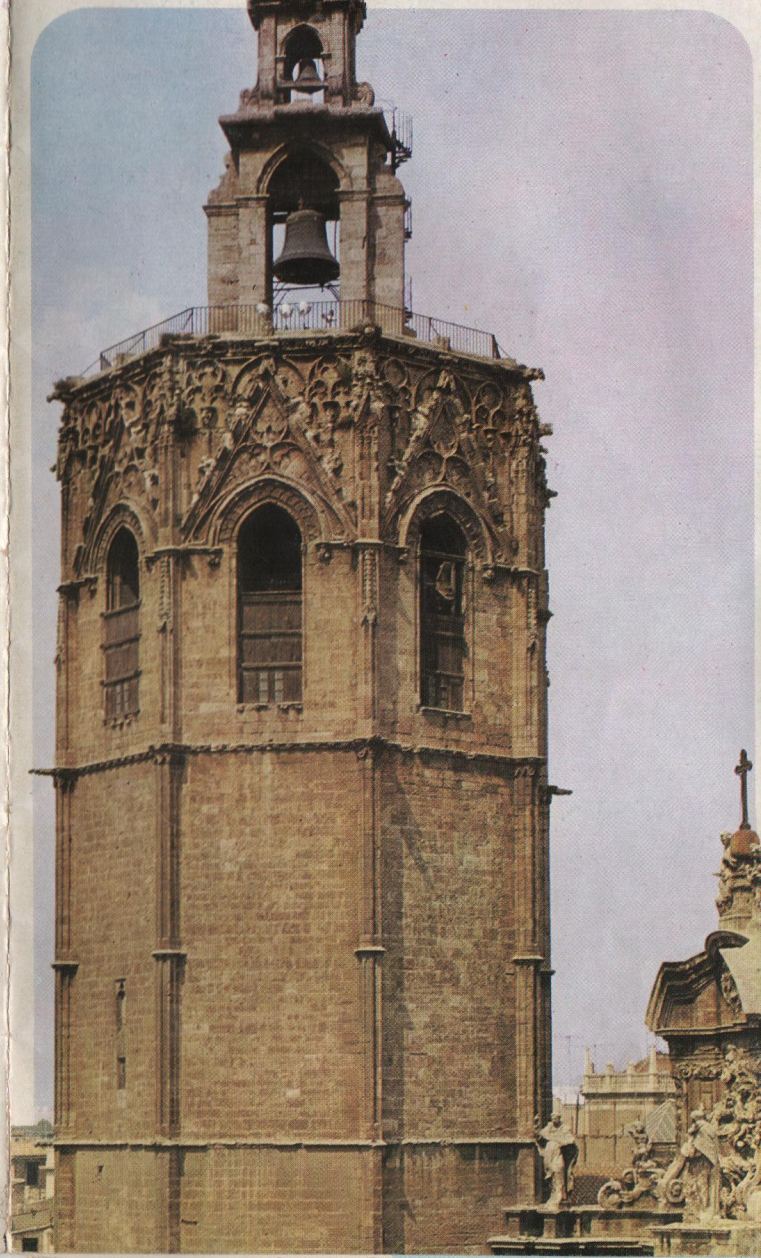
# TORRES DE VALENCIA

texto: V. Vidal Corella  
fotos: Estudio Fotográfico  
Lit. S. Durá

impreso por: Lit. S. Durá - Valencia - D. L. V. - 1.159

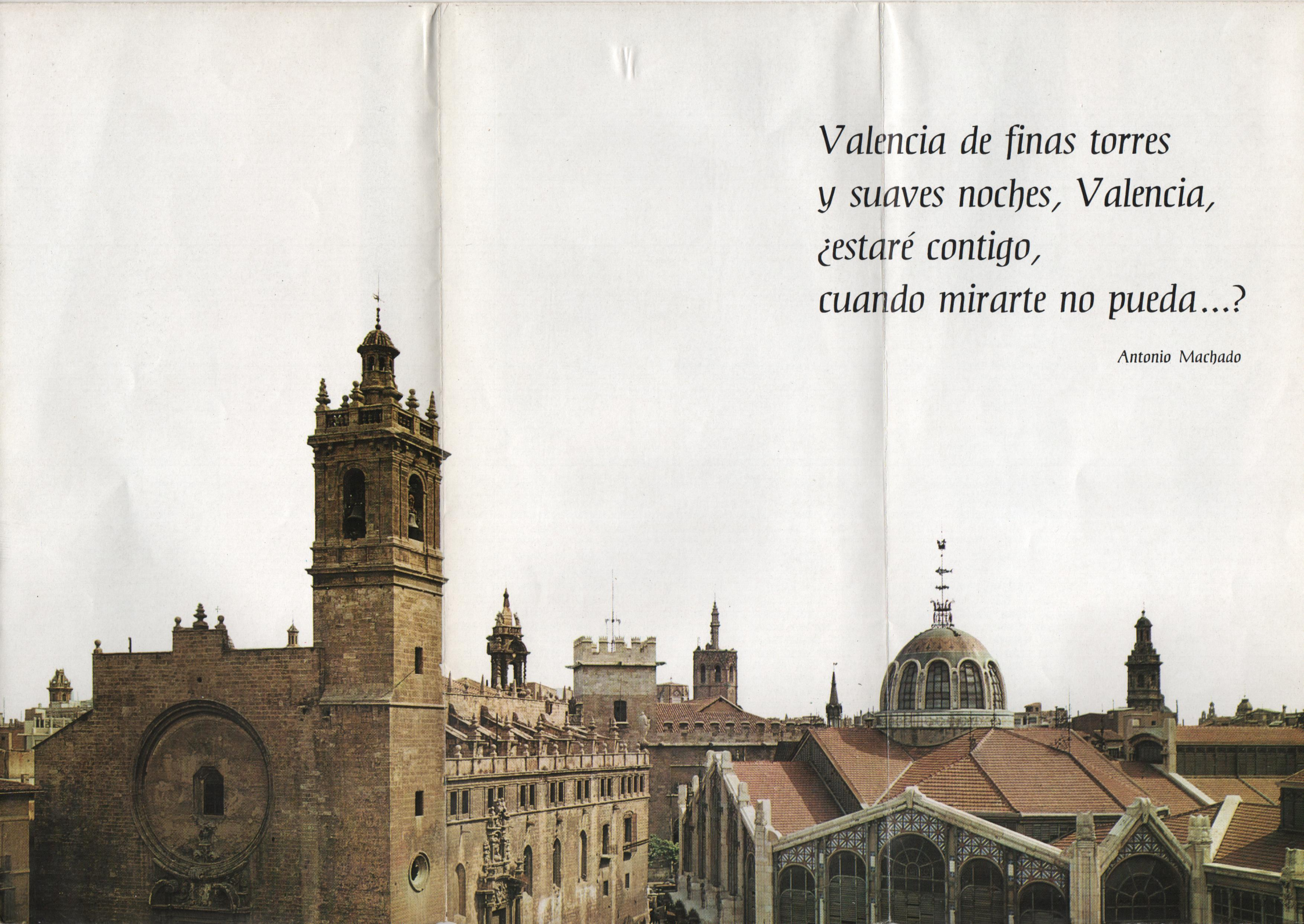
PUBLICADO POR OFICINA MUNICIPAL DE TURISMO  
Excmo. Ayuntamiento de Valencia  
Pl. Caudillo, 1

# TORRES DE VALENCIA



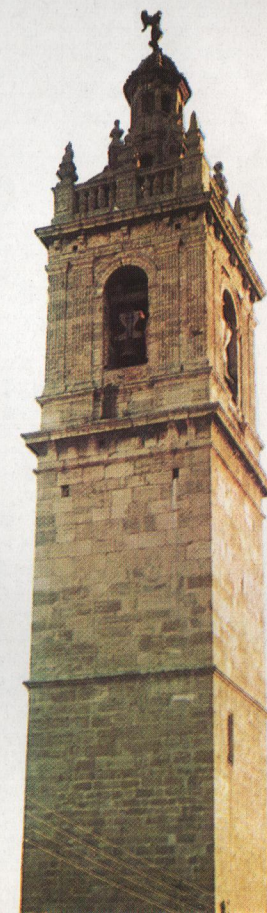
*Valencia de finas torres  
y suaves noches, Valencia,  
¿estaré contigo,  
cuando mirarte no pueda...?*

*Antonio Machado*





Valencia la clara, como la llamó el Cid al contemplar extasiado la ciudad, por su situación privilegiada, la riqueza de su suelo y la benignidad de su clima, ha sido admirada desde antiguos tiempos por cuantos llegaron a Valencia y contemplaron su sol, la transparencia y diafanidad de su cielo, sus flores, su huerta y su mar. Y en el conjunto urbano, la gran cantidad —variada a través de los tiempos— de cúpulas y torres de la ciudad; bellos campanarios con diversidad de estilo, que va del puro gótico al más extremado barroco; torres y campanarios esbeltos que comparten la vida de la ciudad y muestran alegres el júbilo de sus fiestas, como muy bien describe el novelista José María Salaverría: “De pronto de los cien campanarios de Valencia empiezan a subir voces de bronce. Tocan a fiesta. Las palomas, alarmadas, se agitan en torno de las torres y de las cúpulas de tejas azules. Las mismas campanas del Miguelete, como contagiadas, se han puesto a sonar. Hay en el ambiente una fácil y tierna alegría. Y todo el panorama en redondo, lleno de sol, de vida y de primavera, tiene como un gran aliento de júbilo...”





El cielo de Valencia es azul. Y sobre el puro azul del cielo se recorta alegre la silueta de la ciudad, con su dilatado caserío, en una grata sinfonía multicolor, que alcanza su tono mayor en las altas torres valencianas, doradas por el sol. Las torres valencianas que tanto llamaron la atención a los viajeros de todas las épocas, plasmando cálidos elogios en las páginas de libros, diarios y revistas. Elogios que ya citan manuscritos árabes, alabando las torres de la Valencia musulmana. Y el Poema del Mío Cid, en la ciudad cristiana. Y las crónicas viajeras de posteriores siglos, alabando también las esbeltas torres valencianas, de las que, en el ochocientos, contó más de trescientas el escritor Víctor Hugo.

Desde la terraza de la torre de "El Micalet" —valenciano y cariñoso diminutivo de Miguel, nombre de su campana mayor— el panorama de Valencia es espléndido: La ciudad blanca y luminosa; la inmensa vega color esmeralda, con sus barracas y alquerías, y claros pueblos esmaltados de altas torres y campanarios; y la mar tranquila, cuyas limpias playas se extienden, desde Cullera a Sagunto, doradas por el sol, luz y color que tantas veces trasladó a sus famosos lienzos el genial pintor Sorolla...

El Miguelete —símbolo de Valencia— es la torre gótica de la Catedral; torre alta, robusta, maciza, a cuyo rededor se agrupan los esbeltos campanarios de las iglesias, que contrastan con las nuevas torres urbanas de los modernos y bellos edificios. Junto al Miguelete, el magnífico cimborrio gótico de la Catedral, que mira a su lado la gran cúpula azul de la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, Patrona de Valencia. Cercanas a este templo, las bellas torres del palacio de la Generalidad del Reino, actual sede de la Diputación Provincial de Valencia. Y más allá el barroco campanario de la antigua iglesia de San Bartolomé, que mira frente a las magníficas Torres de Serranos, tan llenas de la historia de Valencia, por las que hicieron su entrada en la antigua ciudad amurallada reyes y otros grandes personajes, siguiendo la histórica "Senyera", bandera gloriosa de Valencia, que guarda, como recuerdo venerable de la conquista de Jaime I, el Museo Histórico de la Ciudad. Y compartiendo la historia de Valencia, las cercanas Torres de Cuarte, también robustas y macizas, con cicatrices de históricas batallas. Entre estas bellas torres, el campanario alegre de la iglesia del antiguo convento del Carmen —actual iglesia de Santa Cruz—, a cuya sombra se agrupa uno de los barrios más castizos y antiguos de la ciudad. Más cercano, el campanario de la iglesia de los Santos Juanes, y el barroco campanil donde se paró el águila del Evangelista, con pintoresca tradición, frente a la espléndida belleza gótica del edificio de la Lonja. Y no lejos la grandiosa cúpula azul de las Escuelas Pías, tan popular a los valencianos, que compite en belleza con la de dorada teja —que reluce como el oro, bañada por el sol— de la parroquial iglesia de Santo Domingo, en cuyo templo se admira la soberbia Capilla de los Reyes, maravilla arquitectónica, el aula capitular y el bello claustro gótico, a la sombra del ágil campanario.

¿Más torres valencianas...? Sí, sí. Sobre todo la maravilla barroca de la iglesia de Santa Catalina, que mira a su frente al gallardo "Micalet". Y el campanario de la iglesia de San Martín, en cuya fachada se muestra el mejor grupo escultórico del arte flamenco de fines del cuatrocientos. Y el de la iglesia de San Esteban, en cuya primitiva iglesia casó el Cid a sus hijas. Y la torre de la iglesia de San Nicolás, en cuyo templo se halla un tesoro de arte. Y el magnífico campanario de la iglesia de Santo Tomás, con su típico reloj de sol, recuerdo del célebre padre Tosca, autor del gran plano de la ciudad, en el setecientos. Y el del Colegio del Patriarca, místico y valioso Museo de Arte, a cuya sombra se halla el gran claustro renacentista, labrado en mármol. Y el de la iglesia de San Valero, en el castizo barrio de Ruzafa. El de la restaurada iglesia de San Agustín. El de la iglesia de San Andrés, el de la de San Sebastián, San Salvador, Santa Mónica... ¿Y por qué no destacar también la graciosa torre del edificio del Ayuntamiento? Su campanil desgrana, al filo de las doce campanadas, las notas emotivas de la gran Marcha de la Ciudad. La ciudad —con sus fiestas y sus tradiciones—, que se contempla luminosa y espléndida desde lo alto de la torre del Miguelete. Mirador donde se percibe el panorama magnífico de las altas torres y campanarios, cuyas campanas extienden sus cantos de amor y de paz por la ciudad, la huerta y la mar. Mar azul, como azul es el cielo de Valencia.

